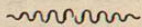


del pequeño.» Fruto de esta doctrina son esas nuevas creaciones del Catolicismo, que se multiplican cada día, y en las que el poder de la caridad lucha constantemente contra el poder de la miseria, y no le permite penetrar en ningún rincón de la tierra, sin que llegue al mismo tiempo el consuelo para el desgraciado. Así se establece la fraternidad verdadera entre los hombres: fuera de la caridad no puede existir. La ley podrá decir: os mando dar para el que no tiene. Pero esto irrita al egoísta, que resiste cuanto puede, é inventa mil recursos para no obedecer. El egoísta, ó no da nada, ó dando por fuerza da lo menos que puede. El filósofo podrá decir: es un deber socorrer á la humanidad; pero admirando su frase y aplaudiendo su discurso, nadie se sacrificará.

El hombre solo da, solo se sacrifica cuando ama; la ley y la filosofía no engendran el amor. Aún más, la ley y la falsa filosofía suelen destruir la obra del amor. ¿Quién ha tratado de destruir, y ha destruido en parte, esos institutos de caridad y de sacrificio, fundados por el Catolicismo en todos los siglos? La filosofía, y su hija la ley, diciendo que son inútiles. ¿Será que en nuestro siglo es inútil la caridad, porque ya no hay miserias?

Detengámonos..... y pasemos á estudiar el segundo extremo de mi proposición. La Sagrada Eucaristía, estímulo, fortaleza y recompensa del hombre que se da y se sacrifica por la caridad.

SEGUNDA PARTE.



El amor de Dios, hemos dicho antes, es el modelo de la caridad entre los hombres, y este amor se manifiesta

en la donación que el Padre nos hace de su Hijo, y que este hace de sí mismo á la humanidad en la Encarnación; se manifiesta en el sacrificio á que el Padre sujeta al Hijo, y que este abraza voluntariamente consumiéndose en la Cruz. El fin de uno y otro es que el hombre viva de la vida de Dios, que el hombre sea hijo de Dios (1), una misma cosa con él. Pero estas demostraciones de la infinita caridad de Dios, no serían más que un recuerdo si no las tuviera presentes en un misterio que, reproduciendo á la vez los dos primeros, les da vida, les hace sensibles al corazón. Ese misterio es la Sagrada Eucaristía; Encarnación y Pasión perpetuadas ante el hombre hasta la consumación de los siglos; sacrificio elevado al mayor grado posible por la fuerza infinita de la caridad de Jesucristo. En aquellos misterios se comunica Dios á la naturaleza humana, y por todos los hombres se sacrifica á la vez; en esta se da á cada uno, á cada uno se comunica, por cada uno se sacrifica. Es el último esfuerzo del amor de Dios á la criatura; es el perfecto y acabado modelo de donación y sacrificio, que presenta al hombre cuando dice: *Amaos como yo os he amado*; y por lo mismo el estímulo más poderoso para llevar al hombre al heroísmo de la caridad.

El hombre por la sagrada Comunión posee á Dios en su corazón, siéntese inundado de amor divino, siéntese rico de Dios, es decir, de caridad, y exclama: «Os amaré, Señor, que sois mi fortaleza y mi virtud (2). ¿Pero qué os daré en cambio de lo que me habeis dado? (3) Oigo vuestra voz que me dice: Hijo, dame tu

(1) Gal. IV, 5.

(2) Psalm. XVII, 2.

(3) Id. CXV, 3.

corazon (1).—Tomadlo, Señor, vuestro es; preparado está para hacer vuestra voluntad (2). Señor, ¿qué quereis que haga? (3)—Ama á tus hermanos, ama á todos como yo te amo á ti, responde Jesus; conságrate á ellos, sacrificate por ellos, como yo me he dado y me sacrifico por ti.—¿Es posible, Señores, tener fe en la Sagrada Eucaristía, es posible acercarse á la sagrada mesa y recibir á Jesus en el corazon, sin sentir la presion fuerte y dulce á la vez de su caridad inmensa? ¿Es posible que el hombre, abismado en el océano del amor divino, deje de tener el corazon abrasado en santo ardor, como los discípulos de Emaús, y que no quiera devolver amor por amor, donacion por donacion, sacrificio por sacrificio? El hombre de fe y de amor, viviendo entonces de la vida de Jesus, dice lo que este dijo á su Eterno Padre: «Hé aquí que vengo á cumplir vuestra voluntad. Quiero, Dios mio; y vuestra ley, vuestro amor, está en medio de mi corazon (4).» El hombre de fe y de amor quisiera entonces dar á Dios tanto como ha recibido; pero conociendo como el Profeta que toda su sustancia es como nada delante de Dios (5), y que Dios de nada necesita, quedaria oprimido su corazon si no oyera la voz del Señor que le dice: «Si me amas, ama á tus hermanos; haz con ellos lo que quisieras hacer conmigo; conmigo lo haces porque yo les trasmito á ellos todos mis derechos.» El cristiano, dirigiéndose entonces á sus hermanos, dice, como Jesucristo le inspira: «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba (6); si alguno es pequeño, venga á mí; si alguno

(1) Prov. XXIII, 26.

(2) Psalm. LVI, 8; CXVIII, 60.

(3) Act. Apost. IX, 6.

(4) Psalm. XXXIX, 9.

(5) Id. XXXVIII, 6.

(6) Joann. VII, 37.

es pobre, venga á mí: venid y comed mi pan; venid, y llenaos de los frutos de mi caridad (1).» Ved aquí el origen de esos actos heróicos de caridad que á cada paso presenta la historia del Catolicismo. La Comunion Eucarística los engendra; sin ella no se practican ni se comprenden.

Pero la caridad, hermanos míos, no es virtud de un dia; el sacrificio que la constituye no es de una hora, es de siempre, de todos los dias y de todas las horas, como el de Jesucristo que lo inspira; y ese sacrificio perpetuado tiene obstáculos que superar, enemigos que vencer. En el corazon del hombre hay lucha incesante; la carne y el espíritu se hacen guerra sin tregua, dice San Pablo (2). La naturaleza y la gracia se disputan el imperio del corazon. Si esta atrae al hombre hácia el sacrificio, hácia la caridad; aquella lo repugna y resiste, y pelea para dar el triunfo al egoismo, y hacer que el hombre se busque á sí mismo y olvide á los demás. La ingratitud del que es objeto de la caridad; el espectáculo de la miseria, repugnante al que no está á ella acostumbrado; la resistencia de la carne al dolor, á la privacion, á la fatiga; el respeto humano, el temor á la sátira y al desprecio, y otros mil sentimientos egoistas, vienen á interponerse entre el corazon y la caridad. No hay duda que esta pide heroismo, que no se alcanza sin un principio de fortaleza superior á las fuerzas naturales, sin un manjar que vigorice el espíritu, y convierta al hombre en héroe y lo haga semi-Dios, como de la ambrosía de los dioses mitológicos creian los antiguos. Jesucristo lo sabe, y prepara ese manjar; tomad y comed,

(1) Prov. IX, 4, 5.

(2) Gal. V, 17.

dice: comed mi cuerpo, bebed mi sangre, y tendreis vida, y sereis lo que yo soy, y podreis lo que yo puedo, porque yo mismo viviré en vosotros (1).

Escuchad á San Agustin, que explica el consejo del Sábio. Cuando te sentares á la mesa de un príncipe, observa con atencion las cosas que te ponen delante, sabiendo que tú debes preparar tambien otras semejantes (2). ¿Cuál es esta mesa del príncipe, sino aquella en que se nos da el cuerpo y la sangre del que murió por nosotros? ¿Y qué significa el consejo de observar lo que se nos da para saber lo que debemos preparar á nuestra vez, sino que así como Cristo murió por nosotros, así nosotros debemos estar dispuestos á sacrificarnos por nuestros hermanos? Esto hicieron los santos mártires, llevados de su ardiente caridad, hasta el grado que Jesucristo dice ser el mayor. Hicieron por sus hermanos lo que por ellos hizo Jesucristo; dieron á sus hermanos lo que por ellos recibieron en la mesa de Jesucristo, imitando el heroismo de su amor (3). Por esto la Eucaristía se llama el pan de los fuertes.

Los que le comieron en tiempo de las persecuciones, caminaron impávidos al martirio por la fe, desafiando los tormentos, y muriendo con el himno de triunfo en los lábios y la alegría en el corazón. Los que le comen en todo tiempo, son fuertes en la lucha de la carne con-

(1) Joann. VI, 58.

(2) Prov. XXIII, 1.

(3) *Quæ mensa potentis, nisi unde sumitur corpus et sanguis ejus, qui animam suam posuit pro nobis?.... Et quid est sic mittere manum ut scias quia talia te oportet præparare, nisi quod jam dixi, quia sicut Christus pro nobis animam suam posuit, sic et nos debemus pro fratribus animas ponere? Hoc est: talia præparare; hoc beati martyres ardenti dilectione fecerunt.... impleverunt ipsi charitatem, qua Dominus dixit non posse esse majorem.... Talia enim fratribus exhibuerunt, qualia de Domini mensa pariter acceperunt.* (S. Aug., tract. 84 in Joann.)

tra el espíritu; son héroes; son mártires por el sacrificio á que los lleva su caridad. No es difícil de comprender este misterio. Cuando el hombre recibe á Dios en su corazón y se une á él por el adorable sacramento de la Eucaristía, puede decir como San Pablo: Ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí (1). Ahora bien, si Dios vive en mí, yo debo vivir de la vida de Dios; y como su vida en la Eucaristía es de inmolacion y de víctima, yo debo inmolarme tambien; quiero sacrificarme tambien: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo* (2).

Hé aquí lo que tanto ha hecho desear la sagrada Comunion á los héroes de la caridad, y lo que hace que en todas las instituciones caritativas, se mande ó se recomiende al menos la frecuente Comunion. Cuanto más ardiente llama ha levantado la caridad en el corazón, mayores ansias han tenido los santos de unirse á Jesus, de hacerse propia la vida y la fortaleza de Cristo, exclamando con San Pablo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta (3). ¿Quién me separará de la caridad de Cristo? ¿La tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro y la espada? Ciertamente estoy que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni los principados, ni las potestades, ni otra criatura, podrá arrancarme de la caridad de Dios, que es en Cristo Jesus (4), que me apremia á darme, á sacrificarme todo por él y como él (5).» La experiencia de estos admirables efectos de la Eucaristía inspiró al Apóstol de la caridad, al gran Vicente de Paul, este consejo que dirige á sus

(1) Gal. II, 20.

(2) Joann. XI, 16.

(3) Philip. IV, 13.

(4) Rom. VIII, 35 et seq.

(5) II Corinth. V, 14.

discípulos: «Hijos míos, cuando sintais la lucha de la naturaleza y de la gracia agitarse en vuestros corazones con el recuerdo de lo que habeis dejado, y se levante en vuestro corazón la tentación de dejar la casa de los pobres, y de renunciar á vuestra vocación y al sacrificio de la caridad, corred á la sagrada mesa, comulgad, y recobrareis la paz. Tres veces repite esta palabra: Comunión, Comunión, Comunión; y concluye diciendo: «Cuando vereis y tendreis á Dios, que se da á vosotros por amor, permaneceréis fieles al lado de los pobres, consagrándoos á su servicio por caridad (1).» ¡Qué sublimidad! ¡Qué heroísmo! Solo la Comunión lo inspira y lo mantiene. Quitad al hombre cristiano la Comunión, y quedará sin fuerzas, como Sansón cuando le fué cortado el cabello. ¿Quién sostiene al misionero y á la Hermana de la caridad, sino la comunicación con Cristo? ¿Quién les inspira el sacrificio de su familia, de su juventud y de su vida? ¿Quién da valor á esas débiles vírgenes para correr al campo de batalla, y allí, entre el pavoroso estruendo de la artillería y los horrores del combate, permanecer tranquilas esperando á las víctimas de las pasiones humanas para curar sus heridas, y en su muerte mostrarles el cielo? Solo la Comunión, Señores, solo Jesús Sacramentado, que las eleva sobre la debilidad del sexo y las miserias de la naturaleza. Así lo han comprendido hasta los mismos paganos. En un edicto del bárbaro perseguidor de los cristianos en la Cochinchina, que en los años de 1832 á 1841 reprodujo, y aun llevó más allá, los horrores que los Césares Romanos hicieron presenciar á los primeros siglos de la Iglesia, se leía esta instrucción dada á sus ministros: «Cuidad, sobre todo,

(1) Véanse las constituciones y pláticas familiares del Santo.

cuando os apodereis de los predicadores de la religión extranjera, y los tengais en la cárcel, cuidad, repito, de que no puedan alimentarse de ese pan encantado, que les da toda su fortaleza, y les hace invencibles en el martirio, en presencia de un pueblo que los admira porque mueren con tanto valor (1).» ¡Qué confesión, hermanos míos! ¡Qué documento en favor de los efectos admirables de la sagrada Comunión! Lo que en él se dice del heroísmo de los mártires de la fe, se dice también del heroísmo de los mártires de la caridad. El segundo martirio es el prelude del primero; este es el término de aquel.

La Eucaristía es todavía más, bajo este punto de vista: es la recompensa de la caridad. David exclamaba un día: «¿Qué hay para mí en el cielo, y qué quiero de ti, Dios mío, sobre la tierra?» Y responde él mismo: «El Dios de mi corazón, Dios, mi herencia para la eternidad (2).» David preludiaba la sublime aspiración del hombre de la caridad, á quien Dios ofrece un premio. El ángel de las Escuelas, el incomparable Tomás de Aquino, oyó un día también la voz de Jesús que le decía: «Bien has escrito de mí, Tomás; ¿qué premio quieres recibir por tu trabajo?» Y aquel hombre, lleno de fe y de amor, respondió prontamente: «Ninguna otra cosa sino á ti mismo, Señor, Dios mío (3).» Y en verdad, ¿qué puede satisfacer al hombre que conoce á Dios y que le ama, sino Dios mismo? «No me saciaría, exclama San Agustín, si él mismo no se me ofreciera por premio (4).»

(1) Historia de las Misiones. Edictos de Minh-Manh de 1832, y ley de enero de 1836.

(2) Psalm. LXXII, 25, 26.

(3) In lect. 2 Nocturni Offic. ejusd. Sancti.

(4) Omnino me non satiaret Deus, nisi promitteret se ipsum Deum. (S. Aug., Serm. 158 in Epist. ad Rom., cap. 4.)

«Todo lo miro como heno y basura, exclamaba el Apóstol, á trueque de lucrar á Cristo (1).» Esto solo pide, esto solo desea el hombre que por la caridad se sacrifica. No quiero, dice, otra cosa sino á ti, Dios mio. A ti en la tierra dentro de mi corazon, á ti en el cielo para eternamente abismarme en tu gloria. El hombre que lo sacrifica todo por la caridad, no puede anhelar por premio lo mismo que sacrifica; más altas son sus miras, más noble su ambicion, el Infinito; este es su objeto. Lo que no es él, es nada para quien lo renuncia todo por asemejarse á él, por unirse á él.

Dios lo dice: Yo seré tu recompensa: *Ego ero merces tua magna nimis* (2). Vendré á tu corazon, y lo llenaré de mis delicias, te introduciré en mi gloria, y te colmaré de felicidad. Venid, amigos, venid; comed y embriagaos (3). El héroe de la caridad llega fatigado y sediento por el sacrificio, come, bebe, y exclama con la enamorada de los místicos Cantares: «Me he sentado á la sombra del que ama mi alma, y su fruto es dulce á mi garganta (4).» Allí se rejuvenece, olvida sus fatigas, y adquiere nuevas fuerzas para continuarlas con mayores bríos. No habéis á ese hombre de honores, no le presentéis riquezas, no le deis títulos pomposos; todo lo desprecia; y si algo acepta, es solo para tener más que sacrificar, empleándolo en auxilio de su caridad. Con el Serafin de Asís oireis que exclama: «Mi Dios es mi todo, soy feliz con él.»

Ved la obra de la Sagrada Eucaristía: contempladla, admiradla y tomad parte en ella. Por este medio, el Ca-

(1) Philip. III, 8.

(2) Gen. XV, 1.

(3) Prov. IX, 4.

(4) Cant. Cantic., II, 3.

tolicismo labra la felicidad de todos, une y enlaza á los hombres, y les enseña á sacrificarse por caridad. El modelo que presenta es Dios, Jesucristo, Dios unido á la humanidad, Dios-hombre sacrificado por los hombres. El premio que ofrece es Dios, el Infinito, por la comunión en la tierra, por la participación de su gloria en el cielo. Los sistemas anticatólicos enseñan y hacen lo contrario. Lejos de acercar á los hombres para que se unan, los alejan fomentando la discordia. Tienen la fraternidad en los labios, pero quieren exigirla por la fuerza, y con ello solo consiguen arraigar el odio en los corazones, perpetuándolo antes y después de la lucha. Proclaman la unión de todas las clases, pero la imposibilitan armándolas unas contra otras. Predican la extinción de la miseria y el dolor, y no hacen sino multiplicar uno y otro por todas partes. Es que tienen el egoísmo por base, los goces materiales por término. No dando al hombre más felicidad que la de la tierra, cierran el corazon de los que poseen para no perder lo que aman, y precipitan en el abismo de la desesperación al pobre, que no alcanza lo que le hacen ver y desear como término único de su felicidad. No teniendo el pobre se irrita, porque se siente con tanto deseo de ser feliz como los demás, y se cree con el mismo derecho; y viéndose como Tántalo condenado al tormento de mirar cómo otros abundan en lo que se le dice que constituye la felicidad, mientras él carece y sufre, una fiebre devoradora se apodera de su corazon, y le arrastra á levantarse contra los privilegiados del mundo, no ya para que le cedan una parte, sino para arrebatárselo todo, y cambiando la suerte, ser él feliz y gozarse en la miseria de los ricos. Estos resultados dan las doctrinas anticatólicas; secan el corazon del rico, y excitan la avaricia y el odio en el corazon del pobre.

La felicidad en la tierra nunca la han tenido ni es

posible que la tengan todos. Como que no es el término señalado al hombre por el Criador, es muy limitada, y no puede satisfacer y apagar la sed de todos. Si los pocos que la poseen no se ven saciados, ¿cómo se saciarían todos subdividiéndola? La envidia, el odio, el crimen, son los medios con que se quiere su conquista; ¿cómo fundar en ellos la felicidad?

Donde esos sistemas logran introducirse, y, quitando al hombre la idea y la esperanza del cielo, se predica la cruzada para la conquista de los goces materiales, que nunca tendrán todos, porque la Providencia y la naturaleza lo repugnan, rómpense los lazos con que el Catolicismo une al rico y al pobre, al hermano primogénito y al hermano menor, al que posee y goza y al que carece y sufre; y al romperse dejan desbordarse las furiosas olas de los deseos insaciables y de todos los malos instintos. Ante esa tremenda tempestad, provocada y desencadenada por la torpe ignorancia ó la satánica malicia, la sabiduría de los filósofos se turba, y se desconciertan la ciencia y los cálculos de los políticos; y no encontrándose remedio ni recurso humano, por no levantar los ojos al cielo, se cae en criminal indiferencia, y la sociedad se cubre de luto; gime por lo presente y tiembla por el porvenir. ¿Cuándo y dónde se detendrá la tormenta? Dios lo sabe: solo en el cielo está escrito. Lo que nosotros sabemos es, que la desesperación y el odio fuera del Catolicismo, conducen al crimen. Lo que sabemos es, que solo la doctrina y la caridad católica pueden detener el torrente. Que la religión se adelante con el signo de la redención en una mano y la Sagrada Eucaristía en la otra; que plante aquel árbol de salud en medio de las masas, y las alimente con aquel pan divino; que les haga ver y conocer dónde está la felicidad, que no habita en este valle de miserias; que les haga comprender

cómo y por dónde se llega á ella, y que está más cerca del pobre que del rico; que haciendo esto diga, como Dios á las olas del mar: «Deteneos, no paseis de aquí.» La religión que, en la persona de Leon I, detuvo á las puertas de Roma al fiero Atila, que se llamaba el Azote de Dios, detendrá al pueblo engañado y precipitado por el génio del mal, que se cierne sobre nuestra sociedad, inficionándola con su infernal ponzoña. Solo la religión puede hacer renacer la esperanza y salvar al mundo. La cruz y la Eucaristía, con su sublime enseñanza de verdad y de amor; hé aquí el arco iris de la esperanza social.

Hombres todos, mirad ese arco, agrupaos á la sombra de ese árbol, alimentaos con ese fruto del amor divino. Él presenta la felicidad eterna en el cielo, y el medio de llegar á ella y de ser felices, cuanto es posible serlo en la tierra. Hombres que vivís en la privación y en el dolor, uníos á Dios en la Comunión, y aprendereis la ciencia del sacrificio, que convierte al hombre en héroe. Uníos á Dios, que quiso ser pobre y padecer, y encontrareis en vuestro estado, santificado por el Redentor, el principio de la virtud y la senda de la gloria. Oid cómo os dice: «Bienaventurados los pobres y los que lloran, porque de ellos es el reino de los cielos, donde eternamente serán consolados (1).» No busqueis tesoros en la tierra, porque son limitados y pasajeros, y se corrompen; y si dan placer al cuerpo, no dan nobleza al corazón: buscad el tesoro del cielo á donde os llama Dios (2). Hombres que vivís en la abundancia y en el poder, comulgad, y aprendereis la ciencia de la caridad, que hace del rico el padre, la providencia y el consuelo

(1) Matth. V, 3, 5.

(2) Id. VI, 19.

del pobre. Unidos á Dios, que os lo da todo, y él mismo se os da por amor, aprendereis á daros y á dar por caridad lo que teneis. Oid que os dice: «Bienaventurado el que extiende y dirige su mirada sobre el necesitado y el pobre, en el día malo le libraré el Señor. Guárdele el Señor y déle vida, y hágale bienaventurado en la tierra, y no le deje caer en manos de sus enemigos (1).» Unidos á un Dios sacrificado por amor, aprendereis á sacrificaros por el hombre, que es imagen de Dios. Él os dirá: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer mi reino, porque me habeis alimentado, vestido y consolado en la persona del pobre (2).» Hombres todos, ricos y pobres, fuertes y débiles, poderosos y desvalidos, comulgad. Unidos á Dios, poseedores de Dios, que se da á todos, os sentireis unidos, y os amareis como hermanos, y os hareis mutuamente felices, cuanto es posible serlo en la tierra, y lo sereis despues todos en el cielo.

(1) Psalm. XL, 1, 2.

(2) Matth. XXV, 34, 40

OCTAVO SERMON.

El alejamiento de la Sagrada Eucaristia en unos, y el abuso en otros, causa de los males que nos aflijen.

Ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi.

(Corinth. XI, 30.)

HEMOS estudiado, Señores, en los días anteriores, las sublimes armonías de la Sagrada Eucaristía, memorial eterno de las divinas maravillas, prenda suprema del amor de Dios y compendio admirable de sus beneficios. No por haberse agotado la materia, que es inagotable como el Océano é infinita como el Dios de la misma Eucaristía, sino porque tocamos ya al fin de estos santos ejercicios, no es posible pasar más adelante en el descubrimiento de sus tesoros de santidad y pureza, de heroísmo y de virtud. Baste decir que todo en el mundo se refiere á la religion, todo en la religion se refiere á Jesucristo, todo en Jesucristo se refiere á la Eucaristía. Ella es, por lo mismo, la piedra preciosa y el tesoro de que habla el santo Evangelio, por el cual da cuanto tiene quien lo encuentra (1). La hemos considerado, Señores,

(1) Matth. XIII, 46.